



**Universidad de la República
Facultad de Psicología**

**TRABAJO FINAL
DE GRADO**

DUELO EN LA INFANCIA

**Estudiante: María Belén Bonilla Tejera
4.418.228-2**

**Tutora: Mag. Lic. Erika Capnikas.
Revisora: Prof. Adj. Mag. Evelina Kahan
Modalidad: Articulación teórica-clínica**

Montevideo, 2020

Siempre, nunca, palabras absolutas que no podemos comprender siendo como somos, pequeñas criaturas atrapadas en nuestro pequeño tiempo. ¿No jugaste, en la niñez, a intentar imaginar la eternidad? ¿La infinitud desplegándose delante de ti como una cinta azul mareante e interminable? Eso es lo primero que te golpea en un duelo: la incapacidad de pensarlo y de admitirlo. Simplemente la idea no te cabe en la cabeza. ¿Pero cómo es posible que no esté? Esa persona que tanto espacio ocupaba en el mundo, ¿dónde se ha metido? El cerebro no puede comprender que haya desaparecido para siempre. ¿Y qué demonios es siempre? Es un concepto inhumano. Quiero decir que está fuera de nuestra posibilidad de entendimiento. Pero cómo, ¿no voy a verlo más? ¿Ni hoy, ni mañana, ni pasado, ni dentro de un año? Es una realidad inconcebible que la mente rechaza: no verlo nunca más es un mal chiste, una idea ridícula.

(Rosa Montero, p. 25)

ÍNDICE

Resumen.....	3
Introducción.....	4
La muerte en el tiempo.....	5
La infancia a través del tiempo.....	9
El duelo y sus diferentes perspectivas:	
Un dolor inesperado.....	13
Duelo en niños.....	18
Viñeta clínica:	
Una mirada de cerca al duelo en niños.....	26
Reflexiones finales.....	30
Referencias bibliográficas.....	32

RESUMEN

Los conceptos de muerte y de infancia han ido cambiando a lo largo del tiempo, pasando por distintos momentos. De aquí se despliega la idea de que el duelo en los niños tendrá características particulares según la etapa vital en la que el individuo se encuentre al momento de la pérdida.

El presente trabajo tiene como finalidad acercarse al trabajo de duelo, para luego profundizar en el duelo en la infancia, partiendo desde los conceptos de muerte e infancia a lo largo del tiempo.

A partir de la revisión bibliográfica sobre dichos temas, se concluye el trabajo con una viñeta clínica acerca del duelo infantil.

Se considera de suma importancia que transitar y elaborar el duelo es un trabajo esencial para el futuro del sujeto, logrando así evitar que puedan aparecer conflictos psíquicos vinculados a lo no resuelto de este proceso.

Palabras claves: muerte, infancia, duelo, viñeta clínica.

INTRODUCCIÓN

“Encontramos un lugar para lo que perdemos. Aunque sabemos que después de dicha pérdida la fase aguda del duelo se calmará, también sabemos que permaneceremos inconsolables y que nunca encontraremos un sustituto. No importa qué es lo que llena el vacío, incluso si lo llena completamente, siempre hay algo más”

(Sigmund Freud)

El presente trabajo se elabora en el marco del Trabajo Final de Grado de la Licenciatura en Psicología.

En el año 2017, a partir de la experiencia vivida en una práctica de graduación, se logran articular dos temas de interés: la infancia y el duelo.

Dicha práctica fue un espacio de escucha, de reflexión y de sostén grupal. De y para los niños, en el que pudieron compartir las vivencias, lo que les gustaba y lo que les disgustaba, lo que les iba sucediendo semana a semana.

Un espacio en el que pudieron ver y pensar las problemáticas desde otra perspectiva, acompañados de un Otro, quien es a la vez par y diferente.

Fue una experiencia de sumo aprendizaje, donde se disfrutó y se logró movilizar sentimientos con cada encuentro. El rol dentro de ésta práctica fue ser una de las referentes en el espacio de niños.

Dicho trabajo se va a basar en una articulación teórico-clínica, donde se expone lo teórico de la muerte en sí, trabajando autores como Aries, Tizón y Bacci. Se conceptualiza la infancia, teniendo en cuenta nuevamente a Aries al hablar del concepto en la historia, y a García Méndez, quien nos da una perspectiva actual del concepto.

Se trabaja el concepto de duelo a través del tiempo, desde Freud, pasando por varios autores contemporáneos, hasta Allouch.

Como se verá en el desarrollo del trabajo, el duelo en niños tiene características diferentes al de un adulto, por lo tanto, luego se trabaja éste duelo en particular, donde se valora los trabajos de Donzino, Zañartu, Ihlenfeld de Arim, Pelento, entre otros autores de la época.

Por último, se relata parte de la experiencia vivida de cerca sobre un duelo infantil, el cual movilizó, y fue un espacio donde se logró crecer, no sólo para el futuro trabajo profesional, sino también crecimiento personal.

Darnos cuenta que la vida es tan efímera, y que la muerte puede llegar tan de golpe, que no nos da tiempo a prepararnos.

LA MUERTE EN EL TIEMPO

La muerte es un acontecimiento que no entiende de edad, sexo, cultura, contexto socio-económico, religión, creencias, tiempo histórico, etc. Nos llega a todos.

Aries (1983) narra la forma en la cual en la Edad Media (Siglo V a Siglo X), la muerte no se daba de cualquier manera, no era un acontecimiento que se daba sorpresivamente para quienes iban a morir. Relata que generalmente se “presentía” el momento previo a morir, y hasta algunos llegaban a tener visiones de ese hecho. Aries (1983) cita a Chateaubriand, quien enuncia que “La muerte, tan poética porque afecta a las cosas inmortales, tan misteriosa debido a su silencio, debía tener mil maneras de anunciarse” (p.15).

Tal vez no todos tenían la misma clarividencia, pero todos entendieron al menos que iban a morir, y sin duda esta conciencia siguió a los tipos intangibles que han pasado de edad en edad. La ilusión de que la muerte avisa, dice el autor, que ha persistido a través de los siglos, ha existido durante mucho tiempo en las mentalidades populares.

Para que la muerte se anunciara de esa manera, era importante que no fuera abrupta, repentina. Cuando no alertó, dejó de aparecer como una necesidad alarmante, pero esperada y aceptada, voluntaria o involuntariamente. Es por eso que la muerte repentina se consideraba denigrante y humillante, la que no daba lugar a prepararse y poder participar de ella, relata Aries (1983). Dicho autor, expresa que este tipo de muerte, te sentenciaba con una maldición, sin importar edad, los niños que morían de esta forma, también eran condenados a esto.

Aries (1983), escribe sobre “la publicidad” de la muerte, la cual menciona que hasta el siglo XIX, fue uno de los caracteres fundamentales de dicho acontecimiento, y el otro sería la sencillez familiar. El autor expresa que “siempre se moría en público” (p. 24). El agónico, no escondía su condición, ya que estaba rodeado de familiares y amigos que lo acompañaban durante sus últimas horas, atrayendo la atención de él y de los demás. Se esperaba que el individuo que estuviera en su lecho de muerte, pudiera estar acompañado de personas que quisieran estar al momento de éste partir, que se tomará el tiempo para recordar lo que había sido su vida, y así esperar la muerte de la mejor manera posible.

“Esta espera sin dramatismos ni temor, constituye la marca de la aceptación de lo inevitable” relata Bacci (2010), haciendo referencia al texto de Aries (1983).

Tizón (2007) trae el concepto de muerte según la Real Academia Española (2000), el cual expresa que muerte es la “cesación o terminación de la vida. En el pensamiento tradicional, la separación del alma y del cuerpo. Morir es 1) Llegar al término de la vida, 2) Llegar cualquier cosa a su término; 3) Sentir muy intensamente algún deseo, afecto, pasión, etc. (Morirse de hambre, de sed, de risa...) 4) Apagarse o dejar de arder o lucir; 5) Cesar una cosa en su curso, movimiento o acción (morir los ríos, la saeta...)”

El autor puntualiza que hoy en día, la esperanza de vida es mucho más alta que hace dos o tres siglos atrás, y que por lo tanto como “ley de la vida”, dicho suceso se daría en edades más avanzadas.

Tizón (2007) relata que existen variaciones en la forma en que morimos y en la forma en que agonizamos los seres humanos, y también en los arreglos y el tratamiento dado a los enfermos, los muertos y las deudas. Estas variaciones están dadas según la cultura, el continente, el país, y la clase social.

Tizón (2007) refiere a que la muerte profesionalizada está estrechamente relacionada con el hecho de la muerte rechazada (conscientemente) y de-negada (inconscientemente), lo cual es muy claro en nuestra sociedad y cultura “occidental y cristiana”. A partir de esto expresa que “estamos viviendo muy de espaldas a los duelos y los procesos de duelo desencadenados por las pérdidas afectivas” (p.375). Manifiesta que se oculta cada vez más la muerte en nuestras sociedades, donde casi se ignora las consecuencias afectivas de las pérdidas, se disocian dichos acontecimientos, y no se les da la importancia que merecen.

Haciendo un repaso por diferentes filósofos, el autor concluye que:

Una historia de las formas de la «meditación de la muerte» podría coincidir con una historia de la filosofía. Sin embargo, tal opinión puede entenderse en dos sentidos. En primer lugar, en el sentido de que la filosofía es exclusiva o primariamente una reflexión acerca de la muerte. (...) El segundo sentido querría indicar que la reflexión sobre la muerte es la piedra de toque de numerosos sistemas filosóficos. Personalmente, me parece una acepción más reducida y, por ello, más plausible. Podría entenderse en el sentido de que una historia de las ideas acerca de la muerte da lugar a un completo análisis de las diversas concepciones del mundo —y no sólo de las filosofías— habidas en el curso del pensamiento humano. Además, supone un análisis de los problemas relativos al sentido de la vida y a la concepción de la inmortalidad, ya sea bajo la forma de su afirmación, o bien bajo el aspecto de su negación. En ese sentido, el atomismo materialista, el atomismo espiritualista, el estructuralismo materialista y el estructuralismo espiritualista incluyen desde luego, diferentes ideas acerca de la muerte. (p.377).

El autor considerando a Ferrater Mora y Castilla (1997, 1995) describe que el morir es un hecho que le sucede al organismo como totalidad, es un acontecimiento meramente biológico. Por otro lado, Ferrater Mora (1962, 1988) reseña que:

- 1) Ser real es ser mortal;
- 2) Hay diversos grados de mortalidad, desde la mortalidad mínima a la máxima;
- 3) La mortalidad mínima es la de la naturaleza inorgánica;
- 4) La mortalidad máxima es la del ser humano;
- 5) Cada uno de los tipos, de ser incluidos en 'la realidad', es comprensible y analizable en virtud de su situación ontológica dentro de un conjunto determinado por dos tendencias contrapuestas: una que va de lo menos mortal a lo más mortal y otra que recorre la dirección inversa». Lo que se llama «muerte» es entendido aquí como un fenómeno, o una «propiedad», que permite «situar» tipos de entidades en el citado "continuo de la Naturaleza". (citado en Tizón, 2007, p.377).

La vida biológica tiene su realización más lograda, a nivel humano, en la constitución del sujeto biopsicosocial. Es por eso, que cada muerte es también un siniestro, ya que es la disolución de una laboriosa fusión de múltiples elementos dinámicos, resalta Tizón (2007).

Bacci (2010) detalla que la muerte es un concepto construido social y culturalmente, más allá de tener su importancia biológica.

Haciendo alusión a Morin (1970), la autora describe que la única que tiene presente a la muerte durante toda su vida, es la especie humana, siendo también la que participa en eventos funerarios, y que cree en la vida después de la muerte.

La autora al hablar de la muerte en la hipermodernidad, refiere al duelo hoy en día como una enfermedad inaguantable, de la cual hay que sanar rápido.

El tiempo en el que vivimos, es el tiempo del "todo ya", y con eso, la compañía de los vínculos cada vez menos sólidos, más temporales, los cuales parecen perder su importancia con el paso del tiempo, en relación a esto, se podría pensar que sin duda no se toma el tiempo necesario para tramitar los duelos, cuando acontece la pérdida de un ser querido.

Para concluir, Bacci (2010) manifiesta que:

Este tiempo siempre presente a pesar de todo tratamiento de lo conceptual y vivencial, sitúa la experiencia de la muerte y su quehacer en el duelo, en la consideración de incertidumbres eternas sobre el comienzo y el fin de la vida. (p.5)

LA INFANCIA A TRAVÉS DEL TIEMPO

El concepto y la construcción de la infancia, ha ido cambiando con el paso de los años.

A partir del texto de Aries (1960), lo anteriormente expresado queda al descubierto.

Dicho autor relata que hasta alrededor del siglo XVII, no se reconocía la infancia o no se trataba de representarla, sin dejarle lugar a esta etapa de la vida. Describe cómo los artistas de ese momento, le adjudicaban una deformación al cuerpo de los niños, lo que hoy nos parece totalmente ajeno.

Aries (1960), nos expresa la manera en la que las figuras de los niños eran reducidas a tamaños inferiores a los del adulto, sin ningún otro distintivo en rasgos o expresiones. De esta forma, nos lleva a artistas los cuales pintaban obras religiosas, donde a la figura del niño no se dudaba de darle desnudez, y darle musculatura de adulto.

Narra que luego en el siglo XIII, aunque se tenía un sentimiento un poco más profundo sobre la infancia y lo que ésta representaba, se mantiene fiel a dicho procedimiento, y el arte seguía transcurriendo de la misma manera; haciendo referencia de que en la Biblia moralizada de San Luis, las figuras de los niños se hacían notar en mayor forma, haciéndose más frecuente, pero donde lo único que los diferenciaba de los adultos era su talla.

Siguiendo en la misma línea, el autor refiere que había cierta resistencia a que en el arte se aceptara la morfología infantil, y que ésta la hallamos en la mayoría de las civilizaciones arcaicas.

Continuando con el texto de Aries, señala que la representación propia de la infancia, con su armonía y su gracia, son propias del arte griego. Así mismo, nota que en los siglos X y XI, los hombres no perdían el tiempo con la infancia, restándole interés, y en parte sacándolos de la realidad. Para ellos, esta etapa vital, era una época de transición, la cual se pasaba de manera rápida y enseguida se perdía el recuerdo.

Dicho autor puntualiza que es alrededor del siglo XIII, donde aparecen varios tipos de niños, los cuales se asemejan al sentimiento moderno. Un ejemplo de esto, describe que es la figura del ángel, representada bajo la apariencia de un hombre joven, algo similar a un adolescente. Esta figura se trataba de niños jóvenes, a los cuales se los enseñaba para ser ayudantes en las misas, y su destino era ser ordenados. En esta época ya se puede ver

como se dejaba atrás la figura del adulto reducido y la figura del ángel adolescente se volverá más frecuente durante el siglo XIV.

Aparece también, según manifiesta Aries, otro tipo de niño, el cual será modelo y precursor del resto de los niños de la historia del arte: la figura del Niño Jesús o la Virgen Niña. Se ve como al principio la figura de este Niño, continuaba siendo aquella figura del adulto en miniatura, dando lugar a que más tarde se evoluciona hacia una representación más sentimental y más realista de la infancia.

El autor reseña que en el época gótica, se da la aparición de un tercer tipo de niño: el niño desnudo. Se resalta que el Niño Jesús no aparece casi nunca desnudo, la mayoría de las veces se lo dibuja envuelto en pañales, o cubierto con faldas. La aparición que se hace de esta figura desnuda, se da a finales de la Edad Media. Es dentro de la alegoría de la muerte y del alma, donde se incluye en el mundo de las formas, la imagen de la desnudez joven. En el arte medieval, generalmente el alma está simbolizada por un niño desnudo y asexuado. Aquí en el siglo XIV, y más que nada en el siglo XV, el niño medieval antes descrito, evolucionaría, en el mismo sentido que ya se indicaba en el siglo XIII.

Se hace referencia a como al principio de manera lenta y luego con más continuidad, la infancia religiosa no se limitaba solo al Niño Jesús.

Es recién en los siglos XV y XVI, en los cuales el niño se transforma en uno de los personajes más frecuentes e importantes, poniendo como ejemplos al niño en la familia, el niño jugando, niño en los brazos de su madre, niños entre la multitud, pero siempre notándose, etcétera, y finalmente imágenes del niño en la escuela, escena que no dejará de persistir hasta el siglo XIX. El autor resalta que muchas veces dichas escenas de costumbres, no refieren exclusivamente a la infancia solo, sino que son protagonistas principales o secundarios. Esto da una idea de que lo que se quería representar era lo más acertado a la vida cotidiana, donde los niños compartían con los adultos, y por otro lado, se manifiesta la idea de que la gente de la época se interesaba en la representación de la infancia, ya que se consideraba de aspecto gracioso y pintoresco.

Siguiendo con la historia de la infancia, Aries revela que en las efigies funerarias, el niño aparece recién en el siglo XVI, por primera vez en la tumba de sus profesores. Resalta nuevamente como era una época donde interesaba poco la imagen de la infancia, no importaba mucho si el niño había vivido y había evolucionado, o si había muerto en la primera infancia. Dicha etapa era casi ignorada, no se grababa en la memoria de nadie. No se tenía en cuenta la importancia del niño, ni todo lo que éste lleva consigo, como se cree hoy en día. La mortalidad infantil de ese momento era demasiada, lo que tiene que ver con la demografía de la época, la cual persistió en el mundo rural, hasta el siglo XIX.

No sorprende esta insensibilidad, la cual es natural en ese momento de la historia.

“Este sentimiento de indiferencia respecto a una infancia demasiado frágil, en la que las pérdidas son muy numerosas, no está tan alejada, en el fondo, de la insensibilidad de las sociedades romana o china que practicaban el abandono de los niños” (1960, p. 6) relata con autoridad Aries. Una vez más, se hace referencia a la poca importancia que se le daba a esta etapa vital, en la cual pareciera que no tenía trascendencia el vivir o el morir, donde no se le daban al niño los cuidados y el amor que se necesita, el lugar de niños, el compartir con el Otro. Se entiende el abismo entre una época y la otra, siglos pasados y siglo actual, donde la figura del niño y la infancia propiamente dicha, ocupan un lugar fundamental y donde no se pone en tela de juicio la importancia que ésta tiene.

Allá por el siglo XVII, el autor hace alusión a la manera en que cada familia deseaba poseer los retratos de sus hijos cuando todavía eran niños. Esta costumbre se hace notar también en el siglo XIX, hasta que la fotografía reemplaza de cierta manera a la pintura.

El texto refiere que a pesar de que las condiciones demográficas no cambiaron mucho desde el siglo XIII al XVII, y aunque la mortalidad infantil se seguía dando de manera muy alta, hubo un cambio de sensibilidad el cual otorgaba a estos seres un poco más de importancia, y aparece la idea de que el alma del niño también era inmortal.

La historia posterior muestra cómo la visión que se tiene de la infancia adquiere una perspectiva diferente, asociada ahora a la protección y control de este grupo etario. Dos instituciones claves, sin las cuales no pueden entenderse las categorías infancia y adolescencia, son la escuela y la familia como puentes de socialización y mecanismos de control. Este cambio de mentalidad al que se hace referencia gestó el origen de la doctrina de la situación irregular. La misma se encontraba asociada al asistencialismo, donde se actuaba desde la caridad y la compasión con el menor (forma cómo se referían a los niños). Se hallaba también afiliada al paternalismo, donde el adulto aparecía como la persona que tomaba las decisiones en relación a los niños y adolescentes, teniendo esto como contrapartida la pérdida de su autonomía. Las intervenciones llevadas adelante por el aparato estatal estaban especialmente vinculadas al sistema judicial, asociado a la represión. García Méndez (1994) plantea “la esencia de esta doctrina se resume en la creación de un marco jurídico que legitime una intervención estatal discrecional sobre esta suerte de producto residual de la categoría infancia (...)” (p.79)

Un hito fundamental en relación a la infancia y la adolescencia ocurrió en 1989 donde se firmó un tratado internacional denominado Convención de los Derechos del Niño. Cabe

destacar que los estados participantes adquieren no solo el compromiso, sino la obligación de garantizar el cumplimiento de los contenidos de la misma. Este cuerpo normativo forma parte de los instrumentos actualmente vigentes que garantizan y protegen los derechos de los niños y adolescentes. Dicha promulgación ha constituido un punto importante de progreso en la concepción de la infancia y adolescencia; abriendo paso a la constitución del paradigma de Protección Integral. El mismo implica reconocer a todo niño y adolescente como sujeto pleno de derechos. Incluye derechos individuales y colectivos, generales y específicos para su edad, y promueve el ejercicio, el goce, la protección y la restitución de los mismos. Este paradigma no supone solamente cambiar la forma de ver a los niños y adolescentes sino, posicionarse como adulto de otra forma para con ellos. García Méndez (1994) plantea “sólo una infancia consciente de sus derechos y responsable para con los mismos va a poder ser la nueva infancia hacia la que está apuntando la Convención de las Naciones Unidas” (p.40)

EL DUELO Y SUS DIFERENTES

PERSPECTIVAS:

Un dolor inesperado

Para comenzar se considera pertinente realizar una aproximación a la definición etimológica de duelo, la cual concibe dos acepciones; en primer lugar se puede hablar de una derivación del latín tardío *dôlus*, que corresponde a dolor, y otra proveniente del latín *duellum*, la cual significa combate entre dos o guerra. Tal como Alsan (1996) señala, se considera que Freud incorporó a su teoría la primera concepción del término, viéndose reflejada en su definición: “El duelo es, por regla general la reacción frente a la pérdida de una persona amada o de una abstracción que haga sus veces, como la patria, la libertad, un ideal, etc.” (1917, p. 241).

Es importante señalar que Freud (1917/1996) no considera al duelo como un estado patológico, aunque algunas de sus características puedan llevar a considerarlo como tal. Concibe que la pérdida requiere de un “trabajo de duelo” para ser llevada a cabo, la cual implica un gasto importante de energía.

Laplanche y Pontalis (1990) describen al trabajo de duelo como: “Proceso intrapsíquico, consecutivo a la pérdida (...) y por medio del cual el sujeto logra desprenderse progresivamente de dicho objeto”. (p.435). Es decir, el examen de realidad demuestra que el objeto amado ya no existe más, y obliga al sujeto a quitar toda la libido del mismo, sin embargo esto se lleva a cabo de forma progresiva ya que el acatamiento de la realidad se produce de modo gradual. Esa exigencia por parte de la realidad produce un gran gasto de tiempo y energía de investidura, y a pesar de esto el objeto perdido continúa aún en lo psíquico.

Freud (1917/1996), señala que el trabajo del duelo absorbe al yo, de modo tal que éste pierde el interés por el mundo que lo rodea, generándose en él sentimientos de tristeza, dolor, desgaste, pérdida de la capacidad de amar y ambivalencia, lo que provoca una importante inhibición del yo y expresa una entrega total al trabajo del duelo.

Plantea que la superación del duelo se logra mediante la sustitución del objeto perdido por un objeto nuevo, y que de esta forma el trabajo de duelo desaparece sin dejar secuelas. Si bien el autor elaboró dicha conceptualización sobre la posible sustitución del objeto perdido, posteriormente, en una carta dirigida a su amigo Binswanger en 1929, tras la muerte de su hija Sofía, afirma: "(...) se sabe que el duelo agudo que causa una pérdida semejante hallará el final, pero uno permanecerá inconsolable sin hallar jamás un sustituto".

Es importante señalar el hecho de que Freud fue pionero en trabajar acerca del duelo, y que autores posteriores como Klein, Lacan, Allouch, Alsan, entre otros, han retomado o utilizado sus teorías para la elaboración de sus producciones sobre el tema.

Klein realiza una descripción de cómo se llega al dolor en el duelo mientras que Freud no lo hace. Es así que Klein (1938/2003) concibe una relación entre el duelo normal del adulto y los procesos mentales tempranos, la autora expresa: "Creo que el niño pasa por estados mentales comparables al duelo del adulto y que son estos tempranos duelos los que se reviven posteriormente en la vida, cuando se experimenta algo penoso". (p. 347). En la teoría kleiniana, el pecho materno simboliza el objeto de duelo. La autora habla de "pecho bueno" y "pecho malo"; los cuales son introyectados por el niño, es decir, el niño, en su desarrollo normal, internaliza a sus padres, sintiéndolos como personas vivas dentro de sí y experimentando a partir de esa internalización fantasías inconscientes. De esta forma, según las experiencias reales y las experiencias del mundo interno (las cuales se ven alteradas por sus propias fantasías) se edifica su mundo interno (Klein, 1938/2003). "Pecho malo" hace referencia a aspectos amenazadores, en donde en el "yo" predomina lo agresivo y persecutorio. Por otro lado, al hablar de "pecho bueno" hace referencia a la satisfacción, a la seguridad y al amor, en otras palabras, al lugar donde se proyecta la libido. Estas distinciones entre pecho "bueno" y pecho "malo" surgen en el niño como un modo defensivo, como una forma de salvar a sus objetos amados.

Antes, durante y después del destete, el niño atraviesa por un estado mental que la autora denominó posición depresiva, en el cual experimenta sentimientos depresivos y que se continúa con la situación Edípica. Tras la pérdida del pecho materno el niño comienza a experimentar sentimientos de ansiedad y temor ya que siente que lo ha perdido a causa de su gran voracidad y de sus fantasías e impulsos destructivos contra el pecho materno. Siente dolor por la pérdida de aquellos objetos que le proporcionaban placer e ideas persecutorias por los objetos "malos", ya que siente que estos predominan en su mundo interno.

Según Klein el sujeto que atraviesa un duelo transita un estado que llama “maníaco depresivo” transitorio , al cual supera “repitiendo” los procesos por los que atravesó en su primera infancia. Para la autora en el duelo normal se revive la posición depresiva temprana a la que antes hicimos referencia, y expresa que esta se vence por métodos similares a los que utilizó en la primera infancia, de modo tal que para superar el dolor se trata de reinstalar en el “yo” el objeto perdido, así como también los primeros objetos amados que conformaron el mundo interno del sujeto desde la infancia.

Lacan (1958), por su parte, no se refiere al duelo en una obra en particular, sino que hace alusión a él en distintos seminarios. El autor, por un lado, en contraposición a Freud, afirma que el objeto perdido no es sustituible, ya que es único, por lo tanto, para la superación del duelo es necesario cambiar la relación con dicho objeto, es decir, se debe dar una reformulación de significantes; y por otro, rechaza al duelo como dentro del marco de lo íntimo, y lo concibe dentro del orden del ritual, en donde le da importancia a los rasgos subjetivos en el trabajo del duelo . Para él es necesario poder reconocer, luego del episodio del fallecimiento de un ser querido, que tanto la muerte, como ese ser querido, dejarán huellas particulares e imborrables para el sujeto, hecho que atraviesa desde los aspectos más íntimos de este hasta los más “públicos”, concernientes al tejido social.

Baranger (1969/1981) retoma el pensamiento de Freud y Klein; por un lado, de esta última toma la relación del duelo con los “estados depresivos”, o “posición depresiva”. Dicho autor lleva a cabo su producción a través del estudio de múltiples casos con los que trabajó, donde llegó a la conclusión de que quien se encuentra en “estado depresivo” está sometido a un objeto muerto-vivo, expresándolo de la siguiente manera: “En los estados de la serie depresiva el proceso del duelo no puede llevarse a cabo y el sujeto queda, en forma más o menos encubierta, atado a un objeto que no puede ni revivir ni morir del todo”. (Baranger, p.217).

Por otro lado, de la teorización freudiana toma los conceptos de trabajo de duelo y examen de realidad, para explicar las necesarias renunciaciones a los aspectos de relación del Yo con el objeto, para así llegar a la aceptación de la muerte del objeto. Baranger le da mucha importancia al entender qué es lo que sucede en la persona que no puede separarse del objeto perdido, por lo que enumera diferentes formas en las que reaparece la persona perdida, y las distintas variedades de actuar del Yo ante esas reparaciones. También describe al muerto con funciones de salvación y vigilancia donde interviene para ayudar en situaciones de peligro, aquí se ve la creencia de formas de comunicación con él a través de

diferentes medios; y un tercer tipo es un objeto dañado que persigue a la persona moralmente, "(...) el objeto moribundo de los estados depresivos. (...) el sujeto es habitado por un objeto interno casi muerto, pero la única persecución que ejerce éste reside en sus exigencias para con el sujeto. Lo mantiene esclavizado (...)" (1981 p. 219). Esta vivencia se representa exteriormente en angustia, culpa, inhibición y otras defensas que están presentes en los estados depresivos.

El autor plantea que el objeto muerto-vivo es esencial en la evolución para lograr la superación de la etapa depresiva infantil y a su vez, es fundamental que el Yo pueda aceptar que sus objetos mueren.

Allouch como un autor dentro de los desarrollos actuales de la teoría del duelo al igual que Baranger toma conceptos de Freud pero para realizar una fuerte crítica. Se basa en las conceptualizaciones de Ariès en relación a la muerte invertida, por lo que Allouch le da la acepción de muerte seca.

El autor expone que el psicoanálisis se inclina por reducir el duelo a un trabajo, habiendo una diferencia considerable entre trabajo y subjetivación de la pérdida. Ya que la pérdida es calificada como a secas, debido a que es factible que no genere ningún tipo de compensación al sujeto. (Allouch, 1996).

En cuanto a la muerte seca, el autor señala que ya desde la Primera Guerra Mundial se visualiza la falta de rito, "(...) la muerte empuja el duelo al acto. A muerte seca, pérdida a secas". (Allouch, 1996, p.9).

Es de este modo que afirma que, un sujeto está de duelo por una persona que al fallecer se lleva (con él) un pequeño trozo de sí. Ese trozo no tiene una propiedad definida, hasta "(...) el acto de cedérselo al muerto, acto que ponía fin al duelo dirimiendo su pertenencia". (Allouch, 1996, p.39). Y de esta manera, a la pérdida del objeto se le suma ese trozo de sí, y por lo que un sujeto está de duelo no porque se haya muerto ese ser querido sino porque esa persona se lleva un trozo de sí.

En relación a su crítica a la concepción de duelo en psicoanálisis, como se mencionó previamente se centra principalmente en una crítica al duelo freudiano. Allouch plantea que en "Duelo y Melancolía" se procura conceptualizar la melancolía y no el duelo como se cree. Admite que lo paradigmático del duelo ya no es, como en la época de Freud, sobre la muerte del padre, sino que es la muerte del hijo. Es destacable mencionar que dicha afirmación fue impulsada por la muerte de su hija, tal y como lo menciona el autor en el texto. (Allouch, 1996).

También Allouch refiere en cuanto al texto “Duelo y Melancolía”, que Freud no consideró las variaciones del tiempo en relación al duelo y la muerte. Algunos de los puntos que le critica firmemente es que Freud afirma que el objeto de amor es sustituible y reemplazable, que el punto de vista desde el cual aborda el duelo es derivado de lo médico y que la prueba de realidad no existiría para las personas que están de duelo ya que la prueba de la realidad verdadera es cuando el sujeto se da cuenta de que la realidad no admite ninguna prueba. Porque el duelo es clasificable como una experiencia factible de pérdida de la realidad. (Allouch, 1996).

Por otro lado, Aslan (1978/1996) expresa que en el trabajo de duelo se deberá “matar al muerto”. Afirma que dicho trabajo empieza con la renegación de lo sucedido, siendo ésta una etapa más o menos larga, donde se ven estados de aceptación por momentos, alternados con los de renegación más fuerte; terminando cuando el criterio de realidad se impone y el sujeto acepta la pérdida.

El autor declara que el trabajo de duelo es más complicado que lo que describe Freud, y de ahí formula una explicación metapsicológica y más actual, describiendo que “(...) el Yo, acatando su juicio que deriva del examen de la realidad, retira sus investiduras libidinales del objeto interno que representa al objeto externo perdido. Este retiro comienza de inmediato y tiende rápidamente a hacerse masivo” (Aslan, 1996, p.3). Según el autor, de esta manera se produce una desintrincación de la libido con la pulsión de muerte, deshaciendo las estructuras complejas y llevándolas a estructuras más sencillas.

Para Aslan, el trabajo de duelo no se trata de sustituir el objeto perdido, sino que se trata de un cambio en la relación con dicho objeto.

Por último, plantea que lo que convierte un duelo en patológico es la paralización de ese trabajo, ya sea en cualquier punto de su desarrollo.

Winnicott (1958), manifiesta que para comprender el duelo por la separación, es necesario relacionar la reacción de la pérdida, con el destete, el duelo, la aflicción y la depresión. Afirma la incapacidad del yo inmaduro de poder vivir el duelo. Describe al duelo declarando que el individuo que sufre la pérdida de un objeto, introyecta a éste, y lo odia dentro del yo. Esto puede ir cambiando de un momento a otro, según predomine el odio o el amor hacia él. Winnicott sostiene, que con el tiempo, en los individuos que son sanos, el objeto interiorizado puede comenzar a librarse de ese odio que al principio estaba tan arraigado, y empieza a recuperar su capacidad de ser feliz.

DUELO EN NIÑOS

Es pertinente comenzar este apartado con el texto de Donzino (2003), donde expresa que:

El duelo es un tema que en la teoría psicoanalítica ha ocupado desde Freud en adelante un destacado lugar. Su importancia y desarrollo se justifica tanto por su imposición desde la clínica como por los aspectos teóricos que se entrelazan en él: objeto, yo, libido -yoica y objetal-, identificación, narcisismo, ambivalencia, culpa, recuerdo, fantasía, realidad psíquica y externa, autoconservación, pulsiones de vida, de muerte, castración... (p.39).

El autor empieza cuestionando si la infancia es el tiempo lógico para tramitar la elaboración de pérdidas tan semejantes y significativas, y bajo qué condiciones podría hacerlo.

Habla de que el duelo es un trabajo, un proceso simbólico, que se da de manera intrapsíquica, el cual lleva una lenta y dolorosa separación del objeto catectizado. “Es la elaboración psíquica sobre el estatuto de un objeto que ha devenido ausente” (p.40) relata Donzino. A partir de casos que analizó, llega a la conclusión de que un niño en duelo está sumergido en un contexto que también está atravesado por una pérdida. No existe posibilidad de duelo en un niño aislado, ni desligado de una historia.

Dentro de los duelos en la infancia, los que participan son los padres, y el niño. Como sabemos, la figura de la madre durante los primeros meses de vida del bebé, es fundamental. Es ésta la que generalmente funciona como barrera protectora antiestímulo. Se adapta a las necesidades de su bebé, ofreciendo su cuerpo para que éste la busque cuando sea necesario. El padre, por otro lado, es el protector de esta díada. Ambos son los más valiosos soportes de identificaciones, y sostienen funciones estructurantes. Cuando ocurre la muerte de alguno de los progenitores, la palabra del padre superviviente, tiene consecuencias determinantes para la infancia del niño. La versión que le da de los hechos, el cómo le transmita la idea de muerte, la negación o el silencio, juegan un papel importante. Donzino relata que las mentiras, el silencio, o las explicaciones erróneas, van a generar en el niño un doble trabajo. Hasta ese momento no sabe qué representaciones tiene el niño sobre la muerte, pero si es consciente de que algo ha sucedido, una percepción de que alguien no está más. Como se verá en profundidad más adelante, el

duelo en niños no se da de igual manera que el duelo en adultos. Las características son diferentes, tal como menciona el autor antes nombrado, clínicamente en el niño se ven lo que se han denominado “equivalentes depresivos”, los cuales se expresan bajo la forma de:

- a) Desaparición brusca de adquisiciones en su desarrollo intelectual, afectivo o motor.
- b) Retracción autoerótica: chupeteo, aislamiento, balanceo, apatía hacia el medio seguida de un período de llanto inconsolable.
- c) Trastornos del sueño y de la alimentación (pesadillas y anorexias tempranas).
- d) Distracción escolar; descenso del nivel escolar.
- e) Manifestaciones de ansiedad:
 - más o menos manifiestas: tics, rituales, fobias, miedos (a extraños, a la soledad, a la oscuridad), parloteo incesante, voracidad o agitación incontrolable (por lo general detectables en la escuela)
 - o latentes: sobreadaptación, retraimiento silencioso (por lo general estas manifestaciones pasan inadvertidas por los maestros)
- f) Enfermedades recurrentes: otitis, anginas, trastornos gastrointestinales.
- g) Transformaciones de lo sufrido pasivamente a su forma activa: niños que se posicionan como perdedores crónicos, o se exponen a riesgos y accidentes.

Donzino (2003) expresa que se puede empezar a hablar de duelo en sentido estricto, una vez que el niño adquiere el lenguaje, y la simbolización del objeto como ausente, que logre distinguir entre animado e inanimado, entre pasado, presente y futuro, y las relaciones causa-efecto. Previo a la adquisición del lenguaje, y todo lo que conlleva, la pérdida va a ser significada como abandono, o inscripta como vacío.

Scalozub (1998) afirma que dentro del duelo en la infancia, hay una diferencia notoria, entre los niños de la primera infancia y los niños que ya son poseedores de lenguaje. Dicha autora, narra el duelo infantil a través del análisis de una película en la cual una niña de 4 años, pierde a su madre, víctima de un accidente automovilístico. Destaca el valor del sistema defensivo que desarrollan los niños frente a una pérdida.

Por otro lado, Ordoñez Gallego y Lacasta (s/f), hacen alusión al duelo como uno de los acontecimientos más estresantes de la vida, en el cual cada individuo necesita un tiempo variable para la elaboración. El duelo consiste en un proceso adaptativo, lo que significa que se va elaborando.

Resaltan que cuando los recursos para afrontar dicha pérdida no son suficientes, se entra en el campo de “duelo complicado” y es lo que lleva a una atención psicológica especializada.

Hacen referencia también al momento en el cual se puede empezar a hablar de duelo, notando que ciertos autores niegan la existencia del duelo antes de la adolescencia, y otros tantos que observan manifestaciones del duelo desde los seis meses de vida.

Siguiendo con Ordoñez Gallego y Lacasta, enfocándose en el duelo en niños y adolescentes, aluden a que la forma de abordarlo depende de ciertos factores como lo son la edad, la educación, las creencias religiosas, la parte emocional, etc.

Hasta los 3 o 4 años de edad, el significado de muerte no está del todo instaurado, no se considera como algo definitivo. No se tiene una idea clara de la diferencia entre dormir o morir, suelen confundirse. Entre los 4 y 7 años, el concepto sigue siendo algo temporal y reversible, y para ellos, los muertos todavía tienen funciones biológicas y sentimientos. Es entre los 5 y los 10 años, donde la idea de muerte cobra real sentido, y sería definitiva e irreversible, pero quizás todavía los muertos conservarían algunas funciones biológicas.

Villanueva y García (2000), alegan que el duelo se vuelve patológico cuando existieron pérdidas significativas precoces, situaciones vitales estresantes y/o antecedentes psiquiátricos de alguno de sus progenitores.

Describen al duelo como “el proceso mental de elaboración de las separaciones y pérdidas, retirada de la libido puesta en ese objeto y dirigirla a otro” (2000, p. 219). Las autores detallan que a diferencia de los adultos, los mecanismos de defensa de los niños son distintos, en donde se utiliza más la negación, logran seguir disfrutando de momentos de la vida con mucha más facilidad, y no llegan a perder el autoestima.

Zañartu y cols. (2008), describen que la idea de muerte en el niño sigue una cadena evolutiva, que va desde la intuición a la abstracción. Dichos autores afirman que “El no hacer parte a los niños del duelo de sus queridos, no les permite cerrar las heridas que experimentan en su manera. Duelos anormales pueden llevarlo a conclusiones erradas, dolorosas, y culpógenas, que se deberían evitar”. (2008, p. 393). Relatan como la comprensión de muerte va cambiando con la edad. Antes de los dos años, no hay pensamiento operacional, por lo tanto no son capaces de formar el concepto de muerte. Existe la sensación de ausencia y presencia, las cuales se asocian con expresiones de angustia. Dichos autores aluden a Piaget (1967), explicando que a esta edad los niños se

caracterizan por un desarrollo sensorio-motor, donde se basan más que nada en los reflejos, y que ante el dolor se podrían volver apáticos y presentar alteraciones somáticas.

Luego entre los tres y siete años, el pensamiento pasa a ser pre-operacional, donde predomina la intuición, y aparece la búsqueda de mecanismos causa-efecto de lo que va sucediendo. Es aquí donde comienza a aparecer la idea de muerte, pero como un acontecimiento que es reversible o temporal. Le adjudican al concepto de muerte, ideas mágicas que van de la mano con su pensamiento pre-operacional.

Es entre los siete y los doce años, donde surge el pensamiento operacional, y se comienzan a dar elementos para conformar el concepto de muerte más apropiado, como la universalidad, inmovilidad e irrevocabilidad. Describen que el niño puede llegar a ver situaciones desde distintos puntos de vista, pero todavía no es capaz de lograr formar un pensamiento abstracto para comprender que la muerte es un hecho permanente y absoluto.

A partir de los doce años de edad, es que los autores manifiestan que el concepto de muerte se vincula a la capacidad de abstracción. El niño se comienza a acercar al pensamiento adulto y genera sus propias ideas. Se empieza a pasar del pensamiento concreto al hipotético-deductivo, en donde el concepto de muerte obtendría el concepto de universal.

Zañartu y cols., detallan tres conceptos que para ellos son primordiales a la hora de conversar con los niños sobre la muerte de un ser querido:

- 1- Entregar un concepto claro de muerte.

Aquí explican que la primera fase del duelo es reconocer la realidad de muerte. Los autores expresan que “el reto está en ocupar las palabras apropiadas, y no entregarles nuestros propios miedos”

- 2- Generar un sentimiento de protección en el niño ante la pérdida de un ser querido.

- 3- Prevenir o contener, cuando ya estén presentes, sentimientos de culpa y rabia.

Por su parte, Ihlenfeld de Arim (1998), a partir del análisis de dos niñas a las cuales se les murió uno de sus padres, reflexiona acerca de los procesos del duelo, afirmando que si los adultos no brindan al niño representaciones que lo ayuden a trabajar mentalmente la pérdida; la elaboración y la simbolización de lo vivido, puede quedar trabado. La autora expresa que la infancia se caracteriza por diferentes separaciones y pérdidas que se van dando a lo largo de dicha etapa, las cuales son naturales, necesarias e indispensables para su crecimiento. Ihlenfeld parafraseando a Arfouilloux (1986), relata que el proceso continúa por el resto de la vida, no solo llevando a cabo distanciamientos de los seres queridos, sino

también aspectos de uno mismo, los cuales muchas veces producen dolor y pueden desencadenar en crisis.

Tal como lo expresa dicha autora: "...no es habitual que un chico se vea enfrentado a la muerte de alguno de sus padres. Cuando esto sucede, la conmoción suele ser particularmente intensa, pues con su psiquismo en formación los necesita como soporte narcisista, como sostén identificadorio, como figuras receptivas a sus movimientos pulsionales" (p.3)

Prosigue afirmando que a pesar de las pérdidas que el ser humano vive a lo largo de su vida, cuando el niño se ve enfrentado a la muerte de uno de sus padres, esto se complejiza. "El dolor provocado por la añoranza del objeto perdido queda unido a vivencias de desvalimiento, de fragilidad yoica, de inermidad, lo que da lugar a una cualidad de angustia diferente a la que surge frente a la resignación del objeto en la situación edípica." (Ihlenfeld, 1998, p.5). Dicha angustia que la autora relata, muchas veces se hace casi intolerable para el yo inmaduro, sin autonomía, lo que lo lleva a emplear duros y persistentes recursos defensivos. Cuando sucede la muerte de uno de sus padres, el niño se encuentra hundido en un ambiente de inestabilidad.

Siguiendo el hilo del texto, la autora expresa que en la infancia la posibilidad de recurrir a las palabras que expresen todo lo que está viviendo vinculado a la pérdida, depende de la transmisión verbal que pueda llevar a cabo el entorno del niño.

Se narra de una manera clara y concisa que:

Siempre que un niño debe vivir la experiencia de muerte de uno de sus padres, encara una separación irruptiva que de algún modo fractura el eje de su continuidad vital. Se aproxima al saber de una verdad descarnada que golpea su narcisismo en momentos formadores del yo. Se enfrenta al dolor de la pérdida provocada por una ausencia irreversible que a su vez le anuncia el desvanecimiento de un vínculo proveedor de sostén. (Ihlenfeld, 1998, p. 12)

Concluyendo, la autora plantea que el proceso de duelo va unido al tiempo de elaboración y al espacio de la simbolización. La forma de que el duelo pueda quedar trabado, sería si los adultos que sostienen al niño, no pueden brindarle representaciones que lo ayuden a trabajar mentalmente dicha pérdida. Se manifiesta que estas representaciones son vehiculizadas con las palabras vinculadas a la experiencia de lo vivido, lo que le da lugar al niño a la modificación gradual de las identificaciones con el objeto que se perdió. Éstas van a cobrar mayor fuerza cuando la figura que se pierde es uno de los padres, ya que cumplen

el rol de objeto pulsional y objeto de identificación. Es el rumbo de dichas identificaciones lo que va a marcar el trabajo del duelo.

Gabaldón (2006), detalla al concepto de muerte como abstracto y complejo. Expresa que los niños no reaccionan ante el duelo como los adultos, sino que tienden a expresar más su tristeza a través del cuerpo, y el comportamiento que con las palabras. Las respuestas que dé y que vivencie el niño, van a ir de la mano a cómo su entorno transmitió la muerte. Afirma que el niño es capaz de elaborar un duelo sano, y se garantiza una buena salud mental, si se le brinda ayuda, contención y funciones emocionales. El autor recalca la importancia del adulto sobreviviente, y el apoyo que éste pueda proporcionarle al niño, de aquí van a resultar o no, las dificultades que el infante pueda experimentar.

Pelento (1998), afirma que a través de sus trabajos clínicos llegó a la conclusión del trabajo psíquico extra que requiere haber vivido una muerte en la primerísima infancia, lo cual implica remover disociaciones funcionales que podrían convertirse en disociaciones estructurales del yo. Ilusiones de un destino distinto al que les tocó vivir. Llevan un arduo trabajo de significación o resignificación siendo adolescentes o adultos. Pelento (1998) se plantea ciertas interrogantes citando a Arfouilloux (1986):

¿Qué les puede haber pasado a esos bebés o niños en el mismo momento de la pérdida?, ¿qué marcas dejan las pérdidas tempranas? ¿Puede realizar un niño un trabajo de duelo? ¿Cuáles son sus condiciones? ¿Deberíamos modificar la pregunta y formularla –como lo señala Arfouilloux– de distinto modo? Es decir, preguntándonos no como un niño elabora un duelo sino cómo es trabajado por el duelo que le tocó vivir, es decir por la falla que introduce la ausencia definitiva del objeto de amor. (p.8)

Partiendo de estas preguntas, la autora describe que al investigar autores ingleses y americanos, la postura sobre la función de la pérdida en el aparato psíquico es distinta en ambos. Por un lado, los autores americanos tienen la teoría de que la pérdida del objeto es accidental; mientras que por otro lado, para los autores ingleses y también franceses, dicha pérdida es estructural.

Desde estas teorías se podría pensar que al considerar la pérdida como estructural, la elaboración del duelo se lograría en edades más tempranas, cuando se hayan elaborado las categorías de ausencia y presencia. La autora manifiesta que lo necesario es tener en

cuenta cuál es el momento de estructuración al que el niño ha llegado en el instante en que se da la pérdida.

Pelento (1998), se cuestiona cuando nace la prueba de la realidad, manifestando que “la prueba de realidad exige el cumplimiento de dos condiciones: la satisfacción real de ciertas necesidades del bebé y su libidinización y la pérdida transitoria posterior del objeto.” (p.9), por ende se considera que si el objeto aún está presente, la prueba de realidad no va a ser necesaria.

Es aquí donde aparece una de las primeras funciones de aquellos adultos que quedan a cargo del niño, comunicarle dicha ausencia. La autora explica que decir con palabras simples lo que sucedió, es la forma de introducir la prueba de realidad. Destaca que es de gran importancia el lugar que se le dé al proceso de renegación. Dicha autora, señalando a Freud, afirma el peso que tiene éste proceso cuando los niños se enfrentan a la muerte.

Concluyendo, Pelento afirma, que al momento de la consulta por el niño hay que indagar si la demanda es propia del niño, o si es del adulto que cuida al niño.

Haciendo referencia a la consulta, la autora (1998) describe que:

Otro punto importante para orientarse y poder analizar cómo el niño fue atravesado por la pérdida que tuvo que vivir lo constituye para mí el análisis de categorías básicas como las de cuerpo libidinal, espacio posible-imposible así como la categoría de presencia y ausencia. Esta última es fundamental porque revela que el niño pudo transitar por una experiencia de dolor psíquico.

El proceso de simbolización que esta categoría inaugura entretelado con el despliegue de fantasías adquiere cada vez una complejidad mayor cuando el niño llega a esa otra encrucijada estructural que llamamos edípica. (p.12)

Todo esto conlleva a que el niño no sólo se pregunte cómo llegan los bebés al mundo, sino que también se cuestione el fin de la vida.

Pelento, citando a Freud (1926), señala que “la separación cotidiana del contenido intestinal y la pérdida del pecho” permiten “hacerse alguna idea de la castración pero que jamás se ha vivido cosa alguna parecida a la muerte”. A partir de esto Freud estima que la muerte es irrepresentable en el inconsciente.

Por otro lado, Tau y Lenzi (2016), comienzan acentuando el lugar insistente y fundamental que tiene la muerte para el hombre en todas las épocas. Para ellos “...comprender la muerte, no es sólo volver gradualmente inteligible al fenómeno biológico de la cesación de

las funciones vitales, sino también apropiarse del conjunto de prácticas, creencias y valores del grupo de pertenencia” (2016, p.464). Se cuestionan en qué momento del desarrollo se toma conciencia de la idea de muerte tal como es. Analizan la muerte como un objeto de conocimiento, en el cual cuando se toma real percepción de ésta, intervienen aquí no sólo conocimientos biológicos de pensar que es sólo una cuestión del cese de los órganos vitales, sino que también se intersectan conocimientos físicos, sociales y logicomatemáticos. Estos autores dividen a la muerte en dos etapas, las cuales tienen un punto de conexión. De un lado sitúan a las razones de ocurrencia de la muerte; y por otro lado, el momento post muerte, las ideas del “más allá”. Estos realizaron una investigación sobre la muerte, tomando una muestra de 60 niños, entre los 5 y los 10 años de edad, de ambos sexos, y con un contexto social similar. A partir de esto, su investigación arroja que en el momento de pensar las razones de ocurrencia de la muerte, los niños entrevistados, tienen un concepto de ésta básicamente en términos totalmente biológicos. Se podría decir que en los niños de menor edad, la muerte le ocurre a “los malos”; pero lo que sí está claro es que todos los niños de la muestra coinciden en el cese de lo biológico-corporal. En el momento post muerte, la investigación dispara ideas como la transparencia del cuerpo, la capacidad de flotación, la idea de volar, la sensación de poder mirar todo “desde el cielo”, los poderes mágicos, entre otras.

VIÑETA CLÍNICA

Una mirada de cerca al duelo en niños

“Todo muere, sea grande o pequeño, débil o fuerte. Primero cumplimos nuestra tarea. Sentimos el sol y la luna, el viento y la lluvia. Aprendemos a bailar y a reír. Y realizada la tarea, llega el momento de morir”...

(El otoño de Freddy, la hoja).

Leo Buscaglia.

Como se mencionó al principio del trabajo, la experiencia de cerca al duelo en niños se vivió en la práctica del año 2017.

La misma se enmarcó dentro de una práctica del Servicio S.A.P.P.A (Servicio de Atención Psicológica Preventivo Asistencial), la cual consistió en un dispositivo clínico grupal llamado “Espacio Creativo”, en el cual se trabajó con grupos abiertos, de niños/as (entre 6 y 12 años), y simultáneamente en otro espacio físico, con los/as referentes de dichos niños/as. Ambos espacios fueron coordinados por dos estudiantes y un docente referente. La modalidad de trabajo con grupos abiertos implicó que en el transcurso del año se pudieron incorporar nuevos integrantes. Los espacios funcionaron con frecuencia semanal durante hora y cuarto.

El espacio de padres funcionó como grupo reflexivo, donde se discutió y compartió aquello que les preocupaba en relación a sus hijos. Algunas veces se utilizaron diversos mediadores para facilitar la tarea.

Mientras que en el espacio de niños se pudieron expresar, crear, compartir y jugar mediante propuestas lúdico expresivas.

Relacionándolo con el tema de dicho trabajo, a continuación se relata la experiencia vivida con uno de los niños del espacio antes mencionado, Julián.

Finalizando el mes de Setiembre, mes en el cual el grupo ya estaba consolidado, se incorpora un nuevo integrante, Julián de 9 años.

El motivo de consulta manifiesto, previamente a ser derivado al espacio creativo, refiere a las dificultades en el niño respecto a la tramitación del duelo por el fallecimiento de su padre hace un año y medio.

El primer día, llega unos minutos tarde y se une a la ronda que ya estaba conformada. Se presenta desde un principio con actitud desafiante, hace chistes y se ríe. Cuando los demás se van presentando, él los interrumpe haciéndoles preguntas y burlándose de ciertas cosas, muestra poco interés por escucharlos. Su comportamiento repercutió en el grupo, pudimos percibir que se miraban entre ellos y nos miraban a nosotras como desconcertados, Julián invade continuamente el espacio de los demás. En esta instancia predominó la exaltación, la desorganización en el grupo, hablaban todos a la vez, subían el tono de voz, no se escuchaban y tampoco prestaban atención a las coordinadoras. Al final los acompañamos a la salida y esperamos a que sus adultos referentes salieran del espacio. En la espera, siguen inquietos y jugando, todos se tiran arriba de otro de los niños, el cual riéndose nos dice, “sácanos una foto familiar”. Inmediatamente Julián le dice “estás loco! si vos sos mi padre yo me mato, me suicido”. Una de nosotras le pregunta si sabe qué es suicidarse a lo que responde: “si, matarse.”

El tema de la muerte ese día estuvo muy presente. Fue muy notorio cómo la llegada de Julián movilizó al grupo, inclusive a las coordinadoras.

Al siguiente encuentro se les propone que piensen, y lleven a cabo una obra de teatro. Estaban muy entusiasmados, estuvieron largo rato eligiendo los disfraces y luego debatiendo qué iban a representar. Cuando llegaron a un acuerdo, comienzan con la obra. Representan una historia en la cual hay una reina, una princesa campesina, un guardia, y un ladrón (Julián). La trama se desarrolla cuando el ladrón intenta robarle joyas a la reina y el guardia junto con la princesa campesina intentan salvarla. Sin embargo esta historia se fue desvirtuando en el discurrir de la obra. Lo que prevaleció fue mera descarga de energía, corrían de un lado a otro, se tiraban de la ropa cuando el ladrón intentaba robarle el trono a la reina, utilizaban unos tubos de espuma plas que representaban espadas y se pegaban con éstos continuamente.

En la obra se pudo observar nuevamente la desorganización tal como el encuentro anterior, además de poder percibir claramente cómo Julián fue el que dirigió la obra.

Las siguientes semanas, el tema de la muerte sigue emergiendo. Julián lo trae en cada conversación.

En relación al duelo en niños, Defey expresa (1987):

El duelo de un niño frente a la muerte de un ser querido dependerá del momento evolutivo en que se encuentre, de la relación previa con el difunto, la actitud del entorno, las características del ser fallecido, sus otras experiencias vitales y su forma de concebir el mundo. (p.5)

Dicha autora expresa que entre los seis y los doce años, el concepto de muerte ya está instalado, y se comienza a ver la muerte como irreversible.

En el espacio, Julián no ha mencionado nada respecto a su padre, mucho menos sobre su muerte. Solo en una oportunidad contó una anécdota para él graciosa, de un campamento al que habían ido con su padre y unos amigos de él. Todo el tiempo se muestra desafiante y por momentos agresivo. Le cuesta muchísimo poder escuchar y respetar el turno de lo demás cuando éstos están hablando.

Ordoñez Gallego y Lacasta Reverte (s/f) refieren que en el duelo infantil, existen tres grandes temores. El primero es el interrogante de ¿causé yo la muerte?, luego el ¿me pasará esto a mí?, y por último ¿quién me va a cuidar?. Dichos autores destacan la manera en la cual la muerte del padre o madre afecta la forma en la que el niño estructura su mundo.

Existen ciertas manifestaciones en el duelo en niños que pudimos percibir en Julián. Por ejemplo:

- Ira por haber sido abandonados y que pueden ponerse de manifiesto en juegos violentos, pesadillas y enfado hacia otros miembros de la familia. Los juegos violentos es algo que estuvo presente en reiterados encuentros, predominando claramente en la obra de teatro que representaron.
- Miedo a perder al progenitor que sigue vivo o ser abandonado por éste. Supimos que Julián mantenía un vínculo claramente simbiótico con su madre. A través del informe psicodiagnóstico del niño, se supo que de pequeño dormía con sus padres y desde que el padre falleció duerme con su madre. De los relatos de la madre en el espacio de los adultos referentes se entendió que desde muy chico lo lleva a su trabajo alegando que no tiene con quien dejarlo. También contó que Julián se angustia cuando ella lo deja en la escuela y cuando ella se enferma, un ejemplo de esto puede ser cuando la madre se quebró un brazo. Otras de las manifestaciones presentes en el duelo en niños es la vuelta a etapas anteriores del desarrollo emocional con conductas más infantiles (por ejemplo exigiendo más atención y el miedo a la oscuridad). Tomando en cuenta el resultado del test gestáltico de Bender

aplicado en el informe psicodiagnóstico, se corresponde con una edad cronológica de 8 años, 0 meses- 8 años, 5 meses. Es decir, diez meses por debajo de la edad del niño, pudiéndose evidenciar la incidencia de lo emocional en sus producciones. En relación al miedo a la oscuridad, en dicho informe se menciona que al momento de dormir, Julián pedía mantener la televisión encendida.

En uno de los últimos encuentros, se planteó la propuesta de que dibujaran algo que desearan mucho.

A Julián le costó mucho el poder conectar con la consigna, se dispersaba y decía que lo único que él deseaba con todo su corazón era ser “youtuber”, que deseaba ser “famoso”. Se le trató de explicar una y otra vez la propuesta planteada, pero él continuaba en esa postura, se rehusaba a pensar en otra cosa que no fuera lo que expresó desde un principio. En cierto momento, una de las coordinadoras se acerca y comienza a hablar con Julián, él le dice: “deseo que no se muera mi perro”, una de las compañeras del espacio inmediatamente le contesta: “No existe algo que no se muera, es el ciclo de la vida, nace-crece y muere”, continúa la conversación y en un momento se ve a Julián mirando un punto fijo de la pared por unos minutos, pensativo. Luego exclama: “ya se me ocurrió algo”. Sin embargo, enseguida se distrae con la música que desde un principio estaba sonando, y nos dice que pongamos una canción que quería escuchar.

Más allá de no haberse conseguido todo lo que se quiso con Julián, ya que los encuentros terminaron, cada participante de éste espacio logró crecer, y ayudar al otro desde cierto lugar.

REFLEXIONES FINALES

La intención del presente trabajo fue aproximarse al trabajo del duelo que realizan los niños al perder una figura de referencia.

Se considera sumamente importante que los niños que han vivido dichas pérdidas, puedan expresar y elaborar el duelo, para continuar con la vida y aceptar la separación con ese ser amado, hasta alcanzar cierta libertad psíquica.

Rolón (2015), trata temas cotidianos, dentro de los cuales se encuentra el duelo. Tal como plantea, llamamos duelo al proceso inmediato que prosigue a la pérdida de algo amado. El duelo nos deja en un lugar desconocido, el cual es distinto al que solíamos habitar. Empiezan a doler cosas que antes no dolían y dejan de ser importantes cosas que antes sí lo eran.

Dicho autor relata que todo lo que amamos tiene una doble existencia: una fuera de nosotros y otra dentro de nosotros. Ese lugar que ocupa en el interior de un sujeto toma la forma de una representación que lo liga con ello de una manera profunda. Entonces, cuando el objeto de amor ya no exista en la realidad externa debido a la muerte o al abandono, tendrá un impacto en la psiquis.

Ante la pérdida de lo que se ama, la energía psíquica se vuelca sobre su representación mental. Esto produce una anarquía pulsional. El dolor es la manifestación consciente de la lucha que se libra en nuestro interior por reordenar ese caos.

A lo largo de este trabajo se conceptualizó el duelo desde la mirada de distintos autores, específicamente el duelo en niños.

El duelo es básicamente un proceso de reinversión de algo que, paradójicamente, debe ser desinvertido. Trabajo que debe realizar el Yo del sujeto psíquico, relata Donzino (2003). Freud fue pionero al incorporar el concepto de duelo a su teoría, el cual lo entiende como “la reacción frente a la pérdida de una persona amada o de una abstracción que haga sus veces, como la patria, la libertad, un ideal, etc.” (1917, p. 241).

Como se hizo alusión en el desarrollo de este trabajo, el duelo en niños tiene características muy distintas al duelo en adultos.

En referencia a ésto, Donzino (2003) manifiesta que, un niño en duelo está inmerso en un medio ambiente aquejado también por una pérdida, lo que confiere un elemento adicional a tener en cuenta al momento de abordarlo. Un niño que transita un duelo no puede estar desvinculado de una historia.

El autor también habla de la importancia que tiene dicho contexto, el cual generalmente es la familia, más precisamente los padres, quienes sostienen funciones estructurantes.

Al momento de una pérdida, y el posterior trabajo de duelo, es fundamental la palabra del adulto, quien muchas veces es el padre superviviente, el cual va a tener que darle la “versión” de lo que significa la muerte. El silencio y la negación tienen consecuencias determinantes en la infancia.

A partir de ésto, Donzino (2003), puntualiza:

¿En qué medida el duelo del niño queda imposibilitado, frenado o dificultado a partir de la mentira de los adultos, de su silencio?... Versiones tales como “está en el cielo”, “se quedó dormida”, “se transformó en un ángel”, etc., las vemos emerger en las más variadas formas sintomáticas y fobias. Las del silencio, en otra variedad de cuadros quizá más graves, psicósomáticos, adicciones, vacíos. (p.48)

Muchas veces los padres ocultan la verdad, pensando que de ésta manera les evitarían el sufrimiento al niño, y lo único que generan el silencio, las explicaciones erróneas, y las mentiras, es un doble trabajo al niño.

Esto conlleva por otra parte, a que el niño, el cual sabe y se da cuenta que algo ha pasado, comience a preguntar, lo cual entiende que genera más dolor en el adulto, y muchas veces opta por callar.

Hay ciertos indicadores, que funcionan de alarma en un duelo que no está siendo elaborado de la mejor forma, dentro de ellos encontramos el insomnio, la pérdida de apetito, depresión duradera, desinterés por cosas que antes lo motivaban y por el juego, regresión a etapas evolutivas anteriores, miedo acentuado a estar solo. Muchas veces esto puede ocurrir cuando el adulto referente no logra poner en palabras lo sucedido, y no puede brindarle al niño el apoyo y la contención necesaria. Es aquí donde la inminente ayuda profesional se pone en juego, para evitar futuras complicaciones.

En análisis, que el niño logre poner en palabras o manifieste a través del juego, su dolor, es poder empezar el trabajo de “arrancar” ese dolor del cuerpo, y permitir comenzar a simbolizarlo.

Algunas veces puede suceder, de que transitar el duelo para un niño, resulte más sencillo que para un adulto, al momento del análisis. Ciertas veces, ocurre que dichos niños aún no tienen bien instaurado el concepto de muerte, por ende no podrían simbolizarlo tal como es.

La viñeta clínica apuntó a mostrar cómo Julián, no pudo poner en palabras la pérdida de su padre. Durante todo el proceso, el niño en ningún momento nombró a dicha figura de referencia, la única instancia en la que hizo referencia a él, fue contando una anécdota sobre un campamento al cual habían ido, pero fue algo al pasar, no quiso profundizar, ni tampoco contar más sobre ese momento vivido. Su tránsito del duelo, se pudo notar en sus juegos, en los cuales siempre estaba presente la muerte, generalmente él matando, o él muriendo.

El dolor por una pérdida y la angustia que esto genera, va a acompañar al niño durante toda su vida. Lo importante es que pueda contar con el apoyo necesario para lograr la capacidad que tiene el yo de procesar, orientar y dominar esas emociones.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Allouch, J. (1996). *Erótica del duelo en tiempos de la muerte seca*. Buenos Aires: Editorial Edelp.
- Aries, P. (1983). *El hombre ante la muerte*. España: Taurus. Madrid. (Trabajo original publicado en 1977).
- Aries, P. (1960). *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*. Recuperado de http://iin.oea.org/Cursos_a_distancia/El_nino_y_la_vida_familiar.pdf
- Aslan, C. M. (1996). *Metapsicología del duelo*. Recuperado de <http://www.psicoanalisis.com.ar/aslan/metapsidelduelo.htm>
- Bacci, P. (2010). *La muerte y el duelo en la hipermodernidad*. Revista Querencia, N°13.
- Baranger, W. (1969). "El muerto vivo". En *Problemas del Campo Psicoanalítico*. Buenos Aires: Editorial Kargieman, 1981
- Buscaglia, L. (1972). *El otoño de Freddy la hoja*. Emecé Editores, Barcelona
- Defey, D. (1987). *Duelo por un niño que muere antes de nacer*. Prensa Médica Latinoamericana. Montevideo, Uruguay.
- Donzino, G. (2003). *Duelos en la infancia. Características, estructura y condiciones de posibilidad*. Recuperado de http://dspace.uces.edu.ar:8180/xmlui/bitstream/handle/123456789/282/Duelos_%20e_n_la_infancia.pdf?sequence=1
- Freud, S. (1917). *Duelo y melancolía*, en *Obras Completas Volumen XIV*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1996.
- Gabaldón Fraile, S. (2006). *El duelo en el niño*. Servicio de Psiquiatría. Hospital Sant Joan de Déu. Barcelona, España.
- García Méndez, E. (1994). "Derecho de la infancia-adolescencia en América Latina: de la situación irregular a la Protección integral". Ediciones Forum Pacis. Santa Fe de Bogotá, Colombia.
- Ihlenfeld de Arim, S. (1998). *Duelos en la infancia*. Revista Uruguaya de Psicoanálisis.
- Klein, M. (1938). "El duelo y su relación con los estados maniaco depresivos" en: *Amor, culpa y reparación*. Buenos Aires: Editorial Paidós, 2003.

- Lacan, J. (1958-1959) *Seminario VI "El deseo y su interpretación"*. Nueva versión íntegra. Clase del 04/03/1959 y subsiguientes. No se consigna editorial. [Buenos Aires] p. 167-258.
- Montero, R. (2013). *La ridícula idea de no volver a verte*. 1ª ed. Barcelona: Seix Barral.
- Ordoñez Gallego, A. y Lacasta Reverte, M. (s/f). *El duelo en los niños. (La pérdida del padre/madre)*. Recuperado de <https://www.seom.org/seomcms/images/stories/recursos/sociosyprofs/documentacion/manuales/duelo/duelo11.pdf>
- Pelento, L. (1998). *Duelos en la infancia*. Revista uruguaya de psicoanálisis. Núm. 88. Recuperado de <https://www.apuruguay.org/apurevista/1990/1688724719988802.pdf>
- Rolón, G. (2015). *Cara a cara (La dimensión humana del analista)*. Editorial Planeta: Buenos Aires.
- Scalozub, Lidia T. (1998) "El duelo y la niñez. Más allá de las fronteras del psicoanálisis". Recuperado de <https://www.apdeba.org/wp-content/uploads/Scalozub1.pdf>
- Tau, R. y Lenzi, A. (2016). *Espacio y tiempo en las representaciones infantiles de la muerte*. Revista M., v. 1, n. 2. Rio de Janeiro.
- Tizón, J. (2007). *La muerte en tanto pérdida de vida*. CEIR. Revista electrónica de Psicoterapia. Vol. 1. España. Recuperado de https://www.researchgate.net/publication/319620729_La_muerte_en_tanto_que_perdida_de_la_vida
- Villanueva Suárez, C. y García Sanz, J. (2000). *Especificidad del duelo en la infancia*. Psiquiatría Pública.
- Winnicott, D. (1958). *La Psicología de la Separación*. En Winnicott, D. Deprivación y delincuencia. Buenos Aires: Paidós.
- Zañartu, C.; Kramer, C y Wietstruck, M. (2008). *La muerte y los niños*. Recuperado de <https://scielo.conicyt.cl/pdf/rcp/v79n4/art07.pdf>